

Las invasiones inglesas - La reconquista

4 de Agosto de 1806.

Nueve de la mañana. En el fondeadero del río Las Conchas (actual Tigre) reina un movimiento extraordinario. Decenas de embarcaciones se aproximan a la ribera, y de ellas descienden los soldados de la fuerza expedicionaria de Liniers. El marino francés, que más de treinta años sirvió a la corona de España, da así principio a la marcha que culminará con la reconquista de Buenos Aires.

En menos de una hora las tropas terminan la operación de desembarco. Bajan también a tierra más de 300 marineros de la flotilla y, al mando de su jefe, Brigadier Juan Gutiérrez de la Concha, pasan a engrosar los efectivos de Liniers. Que resuelve pernoctar en el lugar para iniciar el avance al día siguiente.

Esa noche, los soldados deben soportar una violenta lluvia que, con breves interrupciones, habrá de prolongarse hasta el día 8 de Agosto. Ese temporal tiene decisiva influencia en el desarrollo de las operaciones.

Beresford, que se propone salir de Buenos Aires para enfrentar a campo abierto a las columnas de Liniers, se ve obligado a permanecer en la capital. Desprovisto de tropas de caballería, el general inglés considera imposible marchar a pie con sus soldados por los caminos que la lluvia ha convertido en ríos de barro.

Las tropas españolas y criollas acometen, sin embargo, la dura travesía por el lodazal. Salvo una compañía de Dragones, y la caballería voluntaria que comanda Pueyrredón, el resto de la fuerza debe marchar a pie. El avance, finalmente, se interrumpe en San Isidro. En la mañana del 9 de Agosto las condiciones del tiempo mejoran, y Liniers da nuevamente la orden de marcha. Al otro día el ejército se encuentra en los Corrales de Miserere (actual Plaza Once), a pocos kilómetros al oeste de Buenos Aires.

En la ciudad, Beresford verifica con alarma la creciente hostilidad de la población. La provisión de víveres se interrumpe y los negocios y pulperías



cierran sus puertas. El jefe inglés comprende entonces que no podrá mantenerse por mucho tiempo en la plaza, donde sus tropas corren el peligro de quedar atrapadas y sin posibilidad alguna de escapatoria. Piensa ya retirarse a través del Riachuelo hasta el puerto de la Ensenada, para reembarcarse allí en la flota de Popham.

Al caer la tarde, arriba al fuerte un enviado de Liniers, el capitán Hilarión de la Quintana, quien presenta a Beresford una intimación de rendición. Este último la rechaza, temiendo un sorpresivo ataque nocturno, atrinchera sus fuerzas en torno de la Plaza Mayor. Hombres y cañones son ubicados en el Fuerte, la Recova y los edificios y calles que rodean la plaza. El asalto, sin embargo, no se produce.

Esa misma noche, mientras los ingleses montan nerviosa guardia en el centro de Buenos Aires, las tropas de Liniers se desplazan en una marcha de flanco sobre el Retiro. En el transcurso del avance comienza la incorporación masiva y entusiasta de la población de la capital a la fuerza reconquistadora.

Centenares de hombres y niños se pliegan a las filas de Liniers, reclamando armas para participar en la lucha. Los cañones son arrastrados a pulso, a través del barro, por cuadrillas de muchachos, hecho que permite a Liniers alcanzar su objetivo en la madrugada del 11 de Agosto.

Toda la ciudad se encontraba en rebelión. Desde las azoteas y balcones se hace fuego de fusilería sobre las tropas inglesas que intentan abandonar la plaza para salvar al destacamento del Retiro. Allí los hombres de Liniers consiguen aplastar rápidamente la resistencia de los británicos. De los 15 soldados que defienden el arsenal, ocho son muertos, cinco heridos y dos caen prisioneros.

Beresford enfrenta ahora una situación desesperada. Desde todas las direcciones convergen sobre la plaza grupos de la fuerza enemiga, avanzando a través de los techos y azoteas. Uno a uno, los puestos avanzados británicos son aniquilados. Es necesario tomar una decisión antes de que sea demasiado tarde. Esa misma mañana, Popham baja a tierra y sostiene una dramática conferencia con Beresford. Los dos jefes comprenden que la aventura ha terminado, y que es preciso actuar cuando aún queda tiempo para salvar a la tropa. Resuelven entonces embarcar esa misma noche, en el muelle de la ciudad, a todos los heridos y a las mujeres e hijos de los soldados del 71 que, como era común en la época, acompañaban a la tropa en las campañas de larga duración. Las tropas, apenas despunte el día, abandonarán la ciudad y se dirigirán a marcha forzada al puerto de la Ensenada, donde se embarcarán inmediatamente.

Sin embargo, el ejército de Liniers y el pueblo de Buenos Aires impedirán que los británicos concreten su propósito.

12 de agosto de 1806.

Por las calles que conducen a la Plaza Mayor, avanzan en tropel las fuerzas de la reconquista, envueltas en el humo de las explosiones y el retumbar de los disparos. Liniers, instalado con sus lugartenientes en el atrio de la iglesia de la Merced, ha perdido el control de las operaciones: sus soldados, mezclados con

el pueblo que pelea a mano desnuda, no escuchan ya las voces de los oficiales, y se lanzan en un solo impulso a aniquilar al enemigo. El fuego se desata sobre las posiciones británicas en la plaza. Allí, al pie del arco central de la Recova, está Beresford, con su espada desenvainada, rodeado de los escoceses del 71. Esta es la última resistencia.

Las descargas incesantes abren sangrientos claros en las filas británicas. A los pies de Beresford cae, ultimado de un balazo, su ayudante, el Capitán Kennet. El jefe inglés comprende que ya no es posible continuar la lucha, pues sus tropas serán aniquiladas hasta el último hombre. Ordena entonces la retirada hacia el Fuerte. Allí, momentos más tarde, iza la bandera de parlamento.



MEDALLAS DE LA RECONQUISTA Y LA DEFENSA:
1) Escudo de Perdris (1806), 2) Medalla conmemorativa (1807), 3) Medalla de la Defensa (1808). Estas medallas son extremadamente raras, no sólo porque fue-

ron pocas, sino también porque el coronel inglés en Buenos Aires, W. Parish, durante su estadía (1824-1832), adquirió todas las que pudo obtener y las llevó consigo a Gran Bretaña.

Volcándose como un torrente en la plaza, las tropas y el pueblo llegan hasta los fosos de la fortaleza, dispuestos a continuar la lucha y exterminar a cuchillo a los británicos. En esas circunstancias arriba Hilarión de la Quintana, enviado por Liniers a negociar la rendición. Esta deberá ser sin condiciones. La muchedumbre, terriblemente enardecida, es a duras penas contenida. Se exige a gritos que Beresford arroje la espada. Un capitán británico lanza entonces la suya, en un intento por calmar a la multitud. Pero eso no conforma a la gente, y Beresford debe aceptar, aun antes de que sus soldados hayan depuesto las armas, que una bandera española sea enarbolada sobre la cima del baluarte.

Liniers a pocos metros de la entrada de la fortaleza, aguardando la salida de su rival vencido. Beresford, acompañado por Quintana y otros oficiales, marcha hacia Liniers a través de la multitud que le abre paso. El encuentro es breve. Liniers, le comunica que sus tropas deberán abandonar el Fuerte y depositar sus armas al pie de la galería del Cabildo. Las fuerzas españolas rendirán, como corresponde, los honores de la guerra.

A las 3 de la tarde del 12 de Agosto de 1806, el regimiento 71 desfila por última vez en la Plaza Mayor de Buenos Aires. Con sus banderas desplegadas los británicos marchan entre dos filas de soldados españoles que presentan armas, hasta el Cabildo, y allí arrojan sus fusiles al pie del jefe vencedor.

En ese momento, el Comodoro Popham se dirige, a bordo de la fragata "Leda", hacia el puerto de la Ensenada. Desde allí, después de inutilizar la batería española, emprende viaje hacia Montevideo, donde se reúne con el resto de su

flota. Popham, pese a la derrota, no ha perdido sus esperanzas. Sabe que ya navegan, rumbo al Río de la Plata, nuevas fuerzas británicas.